

## EL HIJO QUE ADOPTÓ A UNA MADRE

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ  
Numerario

Si a alguien le pareciera extraño este título, tendrá ocasión de comprobar su veracidad en algún punto de este mi breve relato.

El pasado 22 de febrero hizo treinta y un años que el Dr. Botella realizó una delicada intervención quirúrgica a mi esposa. Cuando unos días antes, en nuestra primera llegada a su consulta de la calle de Velásquez le hacía la ficha, al averiguar nuestro domicilio levantó la mirada sobre sus gafas y nos dijo: «yo también soy toledano, casi; paso allí una tercera parte de la semana». Nosotros ya lo sabíamos, y se lo dijimos: le habíamos visto pasear Toledo los fines de semana y dar la vuelta al Valle; y le veíamos los domingos en la misa vespertina de los Jesuitas. Se le vio feliz al saberse reconocido como «casi paisano».

Aquella intervención quirúrgica precisó de numerosas visitas antes y después de la operación; y fue en ellas cuando yo descubrí que el Dr. Botella estaba enamorado de Toledo. Yo no saqué nunca la conversación no fuera a ser que el profesor pensara que yo buscaba alguna ventaja de simpatía en su trato. Él era siempre el que en los minutos de la espera, mientras mi mujer en compañía de su enfermera se preparaba para el reconocimiento en la sala contigua, me hablaba de Toledo. Se le iluminaban los ojos a don José cuando comentábamos las dichas y desdichas de nuestra querida ciudad. Él, uno de los hombres más inteligentes que yo he conocido, tenía en su mente una perfecta ficha de Toledo; como la tenía sobre papel de cada una de sus pacientes. Conocía sus males y tenía claras las ideas

sobre su tratamiento. Los matices de su voz iban cambiando según habláramos del dolor de los problemas o del gozo de la belleza de nuestra amada «Peñascosa Pesadumbre».

Él se había enamorado de Toledo a primera vista en su primera visita a la ciudad en una de las excursiones de su Instituto Escuela, teniendo once ó doce años. Excursión que se repitió algunos domingos más, en los que el jovencísimo Pepe Botella iba dejándose atrapar el corazón por aquella extraña ciudad medieval amurallada de estrechas calles y ruinosas casas entre las que se veían hermosos palacios y monumentos.

Tardaría algún tiempo en volver a visitar a su amada ciudad. Terminada su carrera, ampliación de estudios en Alemania y Austria y más tarde congresos y otros frecuentes viajes al extranjero mermaron su tiempo libre; pero el germen estaba sembrado en él. Aquél amor a primera vista, el flechazo que produjo su primer encuentro con Toledo, quedó como un fino dardo clavado en su culta sensibilidad y, mientras no podía visitar Toledo, la recordaba ansiando el reencuentro. Reencuentro que se produjo pronto dejando que el rescoldo que conservaba de su niñez hiciera arder en brasas su corazón, cual místico enamorado del quattrocento.

Por aquellas conversaciones en su consulta, y otras muy posteriores y esporádicas en sesiones extraordinarias de esta Real Academia, a las que él asistía como Académico Honorario que era, yo estaba plenamente convencido de que el Dr. Botella era un ferviente adicto a Toledo. Y era un enamorado desinteresado pues no le obligaban compromisos contraídos por distinciones que no tuvo de índole municipal o gubernativa. Su celo por Toledo y cuanto él hiciera por ella, estuvo siempre impregnado del más puro y limpio concepto de la generosa entrega.

Mas, el Dr. Botella no era hombre que sintiera plenitud en la sola contemplación; tenía que poseer algo de su amada ciudad para sentirse parte de ella. Y al fin consiguió hacerse propietario de una porción de su Toledo, lo que le llevó a volcar más su interés y su tiempo por esta vieja ciudad. Por esto, cuando me encargaron coordinar un número especial de la revista ARBOR dedicado a ciudades milenarias, no dudé un momento en solicitar un artículo para ese fin de este ilustre toledanista que compartió su vida entre el mundo y su vieja querida ciudad amurallada. En su artículo nos cuenta a retazos su relación de «hijo adoptado», ya que no «adoptivo», con Toledo.

Nos dice que ya casado y con su hija niña, algunos sábados y domingos que no almorzaban en la Venta de Aires, hacían «picnis» en «El Valle», en el lugar que hoy ocupa El Parador. Y desde allí veían al otro lado del río frente al cerro del Bú «un jardín con una casa abandonada. Como aquello era por San Lucas, la morería vieja –nos cuenta el Dr. Botella– yo pensé que podría tratarse de la casa en ruinas de uno de aquellos moriscos que expulsó Felipe III, y me dio por llamarle ‘El Jardín del Moro’».

El azar hizo que un día hablando con otro toledano esposo de una de sus pacientes, descubriera el doctor que aquél jardín se encontraba en venta por los herederos de su antiguo propietario. Y lo adquirió. Y aunque aquél palacete jardín ya tenía nombre, el idealista José Botella quiso conservar el que un día contemplándolo desde el otro lado del río junto a su esposa y su hija niña, le pusieron tal vez cogidos de la mano: el romántico nombre de «El Jardín del Moro». El doctor Botella era ya dueño de un trozo de su querido Toledo, y su entrega a esta vieja ciudad fue desde entonces desproporcionada; es decir, en mucha mayor proporción que el pequeño porcentaje de suelo que poseía. Y permítanme decirles, en

mucho mayor proporción fue su entrega a Toledo, que lo que él, nuestro querido Académico Honorario de esta Real Institución toledana, llegó a recibir de su amada ciudad.

Hay un canto de amor dolorido en algunas de sus preciosas frases en el artículo referido. «...Dejadme antes que os diga –dice el doctor Botella– que a pesar de vivir aquí una tercera parte de la semana, y a despecho de que siendo rector complutense, traje por primera vez y por decisión mía personal –que buenos disgustos me costó– los estudios universitarios, no tengo el honor de ser toledano. He conocido a media docena de alcaldes y todos o casi todos me han prometido hacerme ‘hijo adoptivo’ pero después, nada de nada». Y sigue el doctor Botella: «No me importa, porque yo he hecho a la ciudad, a su casco viejo amurallado, mi ‘Madre Adoptiva’, y esa honra autoproclamada, ya nadie me la puede quitar».

Su artículo rezuma amor por todas sus hojas. Y contrastando sus días de Madrid con los que pasaba en Toledo, nos cuenta: «En Madrid tengo prisa, estoy mirando al reloj siempre, lo que a veces me hace parecer descortés con la gente. Aquí en Toledo, no. (Adviértase por esta frase que el artículo está escrito en Toledo. Y adviértase también en la frase siguiente el tono de su modestia). El tiempo fluye lento, y así pasan horas y horas. Si yo tuviera detrás de mí, una obra importante, bien científica o bien literaria, podría decir qué libros he escrito aquí en mi celda del piso bajo. Sin embargo, como lo que yo he hecho no vale gran cosa, a mí mismo se me olvida dónde lo he escrito».

En otras páginas de su artículo mencionado, nos dice: «Los conventos: Santa Isabel, los dos Santos Domingos, Santa Clara, San Clemente... joyas recónditas que nadie visita. Porque el gran pro-

blema de estos monumentos, hoy ya únicos en el mundo, es que los ve muy poca gente. A Toledo hay que venir una semana entera o muchos domingos seguidos. Pero aun disponiendo de ese tiempo, hay cosas que no se pueden ver; las parroquias que solo abren a la hora de las misas, los conventos que salvo Santo Domingo el Antiguo, que felizmente se ha museificado, son de máxima clausura, y esa capilla de San José con sus dos Grecos fenomenales, que parece también un convento porque no hay manera de entrar en ella».

Le dolía al Dr. Botella que parte de las bellezas de Toledo no pudieran mostrarse a sus visitantes. Tenía el sentimiento de que, a quienes venían a ver esta milenaria ciudad se les escamoteaban parte de sus riquezas tangibles o sensitivas que, de poder mostrarse, harían las delicias de nuestros huéspedes. Y, mostrándose como un ferviente toledanista, orgulloso de serlo, nos transmite ese sentimiento desde su artículo, queriendo buscar soluciones.

«¿Cómo organizaríamos que todo este Toledo fuera visitable? Los conventos, podrían imitar a Santo Domingo o a la Encarnación y las Descalzas Reales de Madrid. Un convento de clausura es una delicia. No solo por las joyas de arte ocultas que contiene, si no por su ambiente y su silencio que nos transporta a otras regiones del espíritu. Entrar en un convento de estos, es un baño de paz. Yo he entrado pocas veces, lo hacía con frecuencia cuando me llamaban como médico. Vas por un claustro a ver una monjita enferma, y otra te va precediendo tocando una campanita. No encuentras a nadie, sólo silencio y soledad. Estas fuera de este mundo. No habéis visto amigos míos –dice el doctor Botella–, la delicia que es en Madrid a un paso de la Gran Vía, estar en el claustro o ver el huertecillo de Las Descalzas, con un rascacielos al fondo. En Toledo la impresión es todavía mucho mayor. Si las gentes de la ciudad, pudieran entrar

en estas clausuras, claro es que limitadamente y a ciertas horas, lo de menos sería, con ser mucho, las antigüedades que se verían, lo verdaderamente importante sería el efecto psicológico; un verdadero baño de paz. Muchos melómanos van a un concierto para que el 'alma se serene' como decía fray Luis en su poema a Salinas. Pues bien, yo os digo amigos míos, que entrar en una clausura toledana es escuchar la más pura de las melodías».

Qué gran toledanista perdimos el pasado 2 de octubre. A los creyentes nos consuela saber que todo no acaba aquí. Pero no podemos evitar un asomo de rebeldía al comprobar que ya no contamos con su acertado consejo, con su cálida palabra, con su cariñosa amistad.

Yo estuve sentado a su lado y al de su muy querida esposa el día que pronunció su pregón del Corpus en la catedral de Toledo. D. José estaba emocionado. Sentía como un gran honor aquél servicio a sus paisanos de corazón. No quería pensar siquiera que el honor era para nosotros, los que tuvimos el privilegio de escucharle sin saber que aquella sería la última vez.

Señor alcalde: desconozco las normas de protocolo en los expedientes para estos casos. Pero de haber alguna posibilidad, permítame que en nombre de esta Real Academia le solicite, siempre que como digo fuera posible, la concesión del honor de Hijo Adoptivo a título póstumo para el que ya fuera hijo adoptado a voluntad propia, Excmo. Sr. Dr. D. José Botella Llusía.

Él había dicho en el artículo que refiero: «Y en fin os digo, que os habla quien se enamoró de esta ciudad siendo niño y que ya hombre, supo hacerse un rincón en ella, para descansar y para meditar». A lo que yo añado: «y para morir». El día 2 de octubre pasado, unas

horas antes de comenzar nuestro curso académico cuya sesión inaugural tuvo lugar el día 3 por la mañana, fallecía el Dr. Botella en su casa de Toledo. Nos enteramos un instante antes de empezar la correspondiente sesión pública y solemne. Yo, guiado por la emoción de la noticia y sin pensarlo detenidamente, tuve la osadía de pedir una oración puestos en pie por el alma de nuestro Académico Honorario. He de confesar, no obstante, que todo el público que llenaba la sala, de cuya filiación religiosa o política no tenía noticia alguna, respondió en pie a la oración que fue dirigida por nuestro Académico Censor el canónigo don Jaime Colomina Torner.

Y aquél niño que se enamoró de una ciudad y de mayor decidiera hacerla su «madre adoptiva», vino después a entregar la vida en el regazo de su madre.

Que Dios le conceda el descanso eterno.

